

bellón independiente, y desde entonces hemos sido arrullados en cuna emancipada, y aquellas nuestras gloriosas fechas, perpetuadas en el mármol incorruptible ó no maleable, de la historia.

En este patrio altar y en su viva reconstrucción de cuadro, formados por la mano evocadora ó el genio admirable del artista, y monumento ante el cual me inclino reverente en nombre de la honrosa representación que ejerzo, se vigoriza el sentimiento, se agita ó bate en confusión y con empeño el diáfano incensario del recuerdo con que a él se acercan los pechos confundidos en emociones de alegría y de dolor; y eso es así, porque si júbilo inspira ó despierta el brillo de la gloria, es tréfica la imagen del tiempo que ya fué; porque si una hora sombría humedece nuestros ojos, también lo pueden las inefables sensaciones del goce ó del placer.

Por un hecho censurable humano, solo la memoria de los varones ilustres hemos acostumbrado revivir en los patrios festivales, olvidando, con ingratitud acaso, que la mujer, a quien impropialemente apellidamos «débil», porque demasiado valerosa es en el sufrimiento; demasiado fuerte en la abnegación; porque demasiado grande es en el voluntario sacrificio que el diamantino temple de su corazón le impone, y en cuyo altar se inmola como excelsa vestal de su misma sublime inspiración; porque esa noble compañera, eterna veladora, vivac ó centinela del que sufre; porque ese ser predestinado para animar, para embellecer, para idealizar y hacer mas ceremoniosos los actos del hombre en la vida; por que esa deidad cuya ternura es bien

capaz de reducir en su unidad ó en sí misma, a todo el Universo; tiene también páginas de lujo ó de brillo en nuestra historia, y un puesto prominente ocupa en la inmensa galería, en el panteón soberbio de nuestros inmortales Policarpa Salavarría, la de tal esbelto, de andar airoso y de mirada ardiente, no puede ser mas bello ejemplo, mas clásico tipo ni silueta mas hermosa ó sublime, de la mujer colombiana.

Nacida en Guaduas el 26 de enero de 1795, apenas contaba quince años cuando el rebelde grito de 1810 proclamó el derecho que justificaba la causa de nuestra emancipación. Vibrante en ella, como en el mas patriota, la voz de alerta del grito granadino, inflamó su pecho la irresistible llama, y desde entonces, nada mas acariciado pudo haber también en ella, que el ideal de nuestra libertad; y tanto, que alevemente sorprendida y capturada por los famosos esbirros del implacable Sámano, hasta en víctima expiatoria, con Savarín su amante y siete años después, se le vino a convertir.

Si la mujer gala y la mujer romana salvaron a su patria de servidumbres, de mengua, de oprobios y vejámenes; si la cabeza de Holofernes fué el sacrificio que ofreció Judit por el mismo sentimiento patrio; si a Julio César le infundió menos temor el recio espíritu del hombre que el de la mujer, en sus conquistas; si las cenizas de Juana de Arco fueron el precio de su actuación patriótica como de la campaña de Carlos VII, vencedor en Reims; y, finalmente, si Carlota Corday sufrió el patíbulo por el mismo deseado beneficio del caro suelo que le vio nacer; Policarpa Salavarría

ta fué uno de los mas valiosos holocaustos de la independencia suramericana, como también de los mas negros trofeos con que el alevé golpe del verdugo, empañó, en este mismo día de 1817, el centro de Castilla y de Aragón, el agosto y álvio pabellón Ibero, el honor y el nombre de la gloriosa España.

Si el decurso de un siglo, si la gélida ó fría acción de ese tiempo no ha podido borrar todavía las huellas del cadalso, no ha podido destruir aún el vivo recuerdo del nefando acontecimiento que en 1817 suprimió la existencia de dos eximios patriotas, es prueba incontrastable ó testimonio palmario de que la sublime alegoría de Alejo Savarín y la noble hija de Guaduas, son, como todas las grandes dedicaciones humanas de la historia, hermosas siluetas, delineamientos o perfiles que en nuestra gratitud perduran, por que de generación en generación desfilan, nó al impulso del aire caliginoso ó denso del olvido, sino al traves del límpido cristal de la memoria. Y es esta la razón, ó así se explica, que ayer como hoy, y como también mañana, el mismo deber ineludible nos congrege al rededor del histórico catafalco ó túmulo, en donde la liturgia patria hosannas, ó aleluyas ó himnos nacionales canta en honor, gloria y prez de quienes, con el buril del heroísmo inscribieron su nombre; de quienes el lema ó la frase lapidaria de "Yace por salvar la patria" alegoriza su tumba, constituye la misma apoteosis de su grandeza y martirio; por que ellos son, precisamente, los que con su propio sacrificio y sangre nos dieron libertad; nos formaron patria; los que el propio alcázar, ó la firme fortaleza fueron de la nacionalidad colombiana.

de pasto, escaso, pero de excelente calidad.

El sitio en que yo me había puesto a sacar la tripa de mal año no distaba diez pasos de la puerta de un potrero que estaba abierta; vi que en él, y principalmente hacia la entrada, estaban el *trigullo* y el carretón que decían: "Comedme"; no pude resistir a la tentación; me instalé en el potrero como en mi propia casa y me di un hartazgo cual nunca había imaginado que podría darme en mi vida. A la mañana siguiente fui descubierto por un muchacho de la hacienda a que pertenecía el potrero, y llevado a presencia del patrón, excelente sujeto, llamado D. Manuel, el cual dispuso que, mientras se averiguaba a quien pertenecía yo, se me diese hospitalidad, previa la diligencia de quitarme la enjalma y el bozal, que,

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE» 15

EL MORO

Por José Manuel Marroquín
Autobiografía de un potrero sabanero.

CAPÍTULO IV

Merengue continúa su historia

La libertad que había recobrado era bien dulce; pero ella no mitigaba el hambre y la sed que me devoraban; esta última necesidad, era la que más me apretaba y el instinto y la memoria me advirtieron que como podía satisfacerla pronto era bajando el camino del Norte, en el que había de hallar un arroyo de aguas abundantes y cristalinas que lo atravesaba. Un cuarto de hora había que estaba yo como clavado en medio del arroyo, bebiendo a largos tragos y levantando la cabeza de cuando

en cuando para saborear el fresco y regalado líquido, cuando me vi enrollado en una numerosa partida de bestias enjalmas y sin carga que muchos arrieros iban aguijando con grande afán; uno de los zurriagazos que ellos iban distribuyendo con profusión, me cayó en el anca y me hizo seguir envuelto en la tropa de bestias; corri con ellas un buen trecho, pero al cabo y gracias a una parada de los arrieros y a la fatiga y a la manición que me aquejaban, vine a quedarme atrás, con lo que los arrieros pudieron advertir que yo no era harina de su costal, y me dejaron en paz. Algo que quizá sería el amor patrio me incitaba a dirigirme cuanto antes a mi querencia; pero otra cosa, que indudablemente era la gazuza, me obligó a detenerme para pacer a la orilla del camino, en la que, como a menudo sucede en sitios muy frecuentados, se hallaba provisión